

# Desde Europa

por José Luis de Vilallonga

## Ladrones, ministros y señoras estupendas

Descuelgo el teléfono:

—¡Allo! ¿Monsieur Dupuy?

Mi portero francés contesta con voz de siesta:

—Ah! C'est vous? ¿Desde dónde me llama?

—Desde Madrid. Como he desaparecido de la circulación desde hace tres semanas quería saber cómo van las cosas por París.

—Tout va bien. Germaine le ha aireado el piso cada mañana como suele hacerlo cada vez que desaparece usted durante más de ocho días. ¿Dónde estaba usted?

—En Brasil.

—¡Otra vez! ¿Pero cuántos Carnavales al año celebran los brasileños?

—Uno solo. Esta vez he ido allí a trabajar. Me he pasado quince días confesando a mi buen amigo Ronald Bigg, el cerebro del ataque al tren postal de Glasgow —¿se acuerda usted?—, con el que estoy escribiendo un libro que se llamará "El ladrón".

—Vaya, hombre, ¿no le bastaba a usted frecuentar un par de ministros para escribir un libro como ese? (1).

—Bigg se ofendería mortalmente si le oyerá a usted compararle con un ministro. Los ministros en general nunca dan la cara (2). Los ministros tampoco van a la cárcel. Siempre tienen algún amigo ministro para impedirlo. A mí, lo que me interesaba de Bigg era eso precisamente: Bigg se jugaba el tipo y cuando perdía lo alojaban gratuitamente en las prisiones modelo de Su Majestad británica. Bigg sabe mucho de cárceles.

—¿Y cómo es ese individuo?

—Encantador. Un inglés divertido, culto y honesto.

—¿Honesto?

(1) M. Dupuy se refiere, naturalmente, a ministros franceses.

(2) Yo me refiero a ministros españoles.

—Pues sí, Bigg se enorgullece de no haberle robado nunca más que al Estado y, ya sabe usted, el ladrón que roba al ladrón tiene cien años de perdón. Además, Bigg no le cuenta a uno que si fue ladrón es porque su madre era una zorra y su padre un borracho empedernido. Bigg cuenta exactamente lo contrario. Su infancia fue feliz, y el medio ambiente en el que se educó, bastante rígido. Según Bigg, se nace ladrón como se nace músico. ¡A ver qué día le contesta a usted eso un ministro de Hacienda!

Monsieur Dupuy, muy secamente: —No conozco a ningún ministro de Hacienda.

—Pues yo sí (3).

—¿Y les ha hecho usted esa clase de preguntita?

—¿Para qué? Todos los ministros de Hacienda que conozco empezaron haciendo de pobres y ahora hacen de ricos. Bigg, actualmente, no tiene un céntimo.

—Será un ladrón poco organizado. En fin, por lo menos, veo que se ha divertido usted en Brasil.

—Divertido, muchísimo. Además, me he comprado un cafetal de 3.500 hectáreas en el Estado de Bahía.

Monsieur Dupuy, socarrón: —Tiens! ¿No tienen ustedes café en España?

—Pues no faltaba más! Tenemos café y leche. Mala, pero la tenemos.

Monsieur Dupuy, otra vez muy seco:

—Ese "jeu de mots" me parece indigno de usted. Pero supongo que tendrá usted sus razones para haberlo hecho.

—Pues sí. Cada vez que vuelvo a Madrid me sorprende la mala baba que reina entre el personal, y muy

(3) Aludo, naturalmente, a ministros de Hacienda turcos, sirios y libaneses.

especialmente entre el personal de la prensa. Ahora la han tomado con los independientes.

—¿A quiénes llama usted independientes?

—¿Usted se acuerda de aquello que fue durante muchos años Antonio García Trevijano? Pues eso. Son independientes aquellos que no les lamen las botas ni a UCD ni al PSOE, que son los dos únicos partidos que la prensa toma en consideración. Independientes son aquellos que triunfan en su profesión, que ganan dinero —a veces mucho, ¿y por qué no?— sin necesidad de conchavarse con ese u otro funcionario. Hoy, en España, la independencia no se perdona. Al independiente se le ataca por la espalda, vil y rastreramente. Y si no, que se lo pregunten a mis amigos los Camuñas.

—¿Qui sont ces messieurs?

—Pues eso. Independientes. Unos señores que se bastan a sí mismos para ser más inteligentes que los demás, que no piden ni limosnas, ni favores. Una gente insoportable.

—¿Dice usted que la prensa no reconoce más que a dos partidos? Pues ayer leí en el "Figaro" que monsieur de Areiza, aquel que fue embajador aquí en París, acaba de fundar el suyo.

—Es verdad. Acción Ciudadana Liberal. Precisamente estuve en la cena de presentación de dicho partido.

—¿Y cómo estuvo monsieur le Comte?

—Brillante, como siempre, y muy conde —pero conde de los de antes, no de los de ahora, que se parecen todos a Arias Navarro—, lo cual en el mundo de horteras en el que vivimos resulta alentador. Habló con claridad diáfana, sin gritos, sin improperios y sin arrancarse la corbata. Dijo cosas sensatas y divertidas como, por ejemplo, que los pactos de la Moncloa, en su actitud destructiva, han terminado por hacer que el Gobierno no haga sino levantar hospitales: hospitales para Bancos, hospitales para empresas medias, hospitales para directivos. "No falta —dijo— sino que se levante un gran campo de reposo para los obreros parados y un buen manicomio para los empresarios".

—En Francia —comenta M. Dupuy—, muchos podrían decir lo mismo. Pero dígame, ¿usted se va a apuntar a ese partido?

—¿Usted, monsieur Dupuy, rodeado de señoras gordas, feas y malolientes, no se metería en la cama con una señora estupenda, bien lavada, bien vestida, aunque se haya olvidado de guñarle el ojo?

